



El trote del zorro

¡Qué cosas, Dios Santo, oímos a los que vienen de Madrid después de haber hablado allí, y en la intimidad, con prohombres de la política del régimen! Ya sabíamos, y de conocimiento propio y directo, que los más terribles juicios contra ese régimen son los que se oye de boca de los servidores de él, de ex ministros y de ministrables sobre todo. Pero su des- crédito entre éstos no había llegado nunca al punto a que está llegando. Hoy mismo nos ha contado uno que acaba de hablar con un ex ministro de Maura lo que le ha dicho a propósito de la bochornosísima votación del acta de Tortosa, de altísimos — que resultan bajísimos — entrometimientos en politiquilla electorero y caciquil. El ex ministro ése, que está as- queado de lo que aquí se llama política, mostrábase escandalizado de la abyección de una mayoría que votó un informe evidentemente injusto. Mayoría, es claro, al servicio del despotismo antilustrado.

«Y cómo se sostiene, pues, esto?» — se preguntará el lector. A lo que el político a que nos referimos le decía a nuestro amigo, que se sostiene por el miedo a que suceda aquí lo que sucedió en Portugal a la caída de la dinastía brigantina. Lo que quiere decir que soportan esto los que de ello se aprovechan — más que lo sirven, — por miedo a algo peor. O más exactamente; porque no se sienten con fuerzas para continuar su obra si no es amparados por ese mismo régimen de que execran.

«Pero es que no se da cuenta de que no tenemos con qué sustituirle?» — dicen que solía o suele decir Maura. Pero nosotros creemos que se da muy clara cuenta de ello y que precisamente por darse cuenta de que no tienen con qué sustituirle los que explotan el régimen es por lo que hace lo que hace y deja de hacer lo que debería y así se sirve de ellos para sus fines. Lo mismo que ellos se sirven de él para los suyos. Es un toma y daca, o como dicen los romanistas, un «do ut des».

Pero el terrible baile se prolonga ya mucho y los danzarines están rendidos de tanta pirueta.

Con ocasión de la trágica muerte de don Eduardo Dato y de la danza de prohombres conservadores que le ha seguido hay quien ha recordado aquello de la zarzuela «Pan y toros», lo de «¿Qué es ello? ¡Un paisano muerto! — ¡Puede el baile continuarse!» Y continúa el baile. El presidente que fué del Consejo de ministros del reino ha sido sacrificado acaso más que al patriotismo nacional a la lealtad monárquica; ha caído mártir de una fe en que no debía creer mucho. Y eso que si sustituyó a Maura en la jefatura del viejo — ¿viejo? decrepito... más que decrepito momificado — partido conservador sepulcral, el de la Regencia — el desastre — fué porque Maura quería romper el molde del régimen. O simplemente hacer que fuese constitucional y liberal de veras. Maura no se prestaba, como se prestó el difunto Dato, a hacer de canciller en un

régimen constitucional. Y por esto, además, por no prestarse a tal cosa es por lo que ahora no ha podido a su vez sustituir al muerto en la presidencia del Consejo de ministros del reino.

Porque en las gravísimas circunstancias actuales para interrumpir el baile y acabar con las interinidades prolongadas y gobernar con responsabilidad y sin intervención de la Empresa Maese Pedro y Compañía, era imprescindible prescindir en plazo breve de esta caricatura de Parlamento — como le ha llamado el presidente mismo del Congreso, — disolverlo y volver a convocar otro, tratando de que en su elección no intervengan, ni de cerca ni de lejos, poderes que deben mantenerse ajenos a toda lucha electoral. ¡Porque eso de la soberanía!...

Y la crisis, la gravísima crisis íntima, la del régimen, la del novísimo régimen, la del régimen de despotismo antilustrado con disfraz de constitucionalidad, continúa. Y lo peor es que no se resolverá tampoco por la adopción de un despotismo franco y descubierto, de un régimen como aquel por que pasó el reino después de 1823, en las postrimerías de la época fernandina. Ni se ve hoy un Calomarde.

Y sigue el baile, pero un baile moderno, una especie de tango o de «fox-trot», es decir, trote de zorro. Y a trote de zorro marcha la prolongada interinidad del régimen. Porque el despotismo antilustrado se divierte. ¡Y puede el baile continuarse! ¿Cuánto tiempo? ¿Quién sabe!...

Sólo que el baile empieza a ser ya para muchos una pesadilla. Diviase que se baila sobre las costillas del pueblo. Por lo menos a cuestras de él y a su costa: Y el trote de zorro conviértese en una danza macabra. Y los que hoy bailan mueren o son muertos mañana. Cuando no se hace bailar, en cierto modo, a los muertos mismos.

Y así a «fox-trot», a trote de zorro viene la catástrofe. Y es la tragedia de la filivolidad reinante. Catástrofe que coge luego a todos, a los que bailan y a los que no bailan, a danzantes, a músicos, a público y al bastonero.

Seguiremos la historia.

Miguel de UNAMUNO.

